

El tiempo como factor cultural y su importancia socioeconómica: Estado del arte y líneas futuras

Ramon Cladellas

Universitat Autònoma de Barcelona (Spain)

ramon.cladellas@uab.cat

Received February, 2009

Accepted April, 2009

Resumen:

El propósito de este artículo es analizar la concepción económica del tiempo dependiendo de factores históricos y culturales. El artículo se desglosa en una evolución histórica del concepto tiempo (como se ha concebido éste desde la antigüedad hasta hoy), a continuación se analiza el valor económico del tiempo a través de la historia del no tiempo (ocio) y su contextualización cultural (cultura occidental/concepción lineal vs cultural oriental /concepción cíclica); y finalmente en qué estado se encuentran actualmente los conceptos tiempo y dinero, así como, se propone la necesidad de establecer una nueva cultura del tiempo que se enseñe desde muy temprana edad.

Palabras clave: tiempo, dinero, cultura, ocio.

Title: Time as a cultural factor and its socioeconomic importance: state of the art and future research lines.

Abstract:

The aim of this paper is analyzing the economic concept of time based on historical and cultural factors. The manuscript presents the historical evolution of the concept

of time, highlighting its conceptualization since ancient times until now. Subsequently, the paper analyzes the economic value of time down through the history of no-time (leisure time) and its cultural contextualization (occidental culture/linear conception vs. oriental culture/cyclical conception). Finally, the contemporary state of the concepts of time and money, and suggests the need to establish a new culture of time, which should be taught from an early age.

Keywords: time, money, culture, leisure time.

1. Evolución histórica del concepto tiempo

Un antiguo proverbio español dice que “el tiempo es oro”, para expresar que el tiempo es muy valioso; en inglés este mismo proverbio es algo más definido y cambia la palabra oro por la palabra dinero: “time is money”

El tiempo es un concepto que se asume de forma intuitiva en las sociedades occidentales y su transcurso imparable es recordado por el característico ruido de los regulares y precisos relojes: “tic-tac”. No es captado por los sentidos, pero se percibe su transcurso, o mejor, se enseña a percibir. He aquí la problemática del tiempo: su concepto, definición y medida. ¿Qué es?, ¿qué significa?, ¿cuánto vale?, ¿cómo influye?, ¿por qué es necesario?...

La dificultad del propio concepto del tiempo viene ejemplificada con la respuesta de San Agustín ante la pregunta de ¿Qué es el tiempo? “Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicarlo a quien me lo pregunta, no lo sé”.

El objetivo de la búsqueda de una noción temporal relacionada con la economía plantea previamente conocer la evolución de la idea de tiempo a lo largo de la historia, así se procederá a una revisión breve de la evolución del concepto desde la edad antigua hasta la actualidad.

Tiempo en la Antigüedad

En el pensamiento europeo occidental se ha concebido el tiempo de dos maneras diferentes. De una parte, los antiguos griegos y prácticamente todas las culturas en sus primeros estadios de desarrollo (la china, la persa, la azteca, la hindú, la

egipcia) (Bedini, 1975) planteaban una forma repetible o cíclica, es decir, la idea del “eterno retorno” (eternidad al comienzo de los tiempos) basado en los movimientos astronómicos (la permanencia del Cosmos). En cambio, la religión hebrea y la doctrina cristiana defienden que el tiempo es lineal (proceso hacia un destino divino) y finito (día del juicio final), basado en que la venida del Mesías será o fue un hecho único, que no se volverá a repetir (eternidad al final de los tiempos) (Bunge, 1987; Withrow, 1972).

Estas dos concepciones, cíclica y lineal, aún subsisten en la actualidad, por ejemplo, la primera en el calendario y la segunda en el cronómetro, aunque la concepción como avance lineal sin repetición cíclica es la dominante hoy en día.

El cristianismo aporta a la noción de tiempo, además de la linealidad, el establecimiento de un origen y un final absolutos y universales (Hernando, 2000).

Para los antiguos griegos el problema del tiempo derivaba de los problemas de cambio y movimiento, idea que está latente en las teorías de los pensadores más relevantes de esa época. Platón, defensor de un tiempo cíclico, lo concebía como imagen móvil de una presencia que no pasa. Un eterno presente, que estaba entre lo que ya no era y lo que aún no era (Campillo, 1991; Ceballos Hornero y Ceballos Hornero, 2003).

Aristóteles, el filósofo griego que más estudió el problema del tiempo, concibió el mismo como el número (la medida) del movimiento (Piettre, 1994) según el antes y el después (lo anterior y lo posterior) (Ferrater Mora, 1994). El tiempo era sucesión. Aristóteles lo percibía junto con el movimiento. Al no ser movimiento, tenía que ser algo relacionado con el mismo. Tampoco era un número, pero se podía medir, con lo cual era una especie de número.

Esta idea aristotélica es la que luego la Física ha desarrollado, llegando a negar el tiempo porque se reduce a una ilusión proveniente del proceso de movimiento. En este sentido, aunque I. Newton lo definió como real, lo reducía a una escala universal. El tiempo, desde la Física, conserva tres rasgos del cambio que defendió Aristóteles: extensión (dura u ocurre en un intervalo), continuidad (la dimensión del cambio es continua), transición (antes-después) (Turetzky, 1978). Estas tres características son las que se utilizan en la definición de la variable temporal matemática y las subyacentes en todo modelo matemático.

Esta definición vaga de tiempo, en tanto que se describe en términos de “una especie de, pero sin llegar a ser”, se intentó superar por los neoplatónicos, quienes combinaron las dos naturalezas que tradicionalmente se han adscrito a este concepto: como una realidad completa (teoría absolutista) o como una mera relación (teoría relacionista) (Ceballos, 2003).

Recopilando brevemente lo expuesto, en la Antigüedad occidental predominó una noción cíclica del tiempo, aunque había pensadores que negaban su existencia. Este tiempo cíclico se basaba en los movimientos regulares observados (astronómicos, naturales y biológicos), relacionando tiempo y movimiento (cambio) (Ceballos, 2003).

Tiempo en la Edad Media

En plena expansión de la doctrina cristiana, San Agustín, retomando la idea de que el alma era la verdadera medida del tiempo y continuando con la indecisión aristotélica en este tema, ni negó ni afirmó la existencia del tiempo, sino que lo situaba en el espíritu de una forma oscura. San Agustín tomaba el tiempo como una gran paradoja donde, como ya expresara Aristóteles (Ferrater Mora, 1994), parte del mismo era pasado, que ya no existía, y la otra parte era futuro, que todavía no existía, y, sin embargo, estaba compuesto de aquéllos. De esta manera, era difícil pensar que algo participaba de la realidad o de la existencia cuando estaba compuesto de cosas que no existían. La formulación de San Agustín del tiempo “como la duración vivida o experimentada por la consciencia” es denominada habitualmente la concepción cristiana del tiempo porque fue la primera formulación madura desde esta doctrina. Difiere de las propuestas realizadas desde el pensamiento griego clásico en que el tiempo deja de ser considerado cíclico y se formula como lineal con sus componentes básicos: pasado, presente y futuro. Ya no como un eterno retorno, sino como un camino sin retorno, es decir, un camino con un principio y un final. Así, con la intervención de la iglesia católica, hemos pasado de un tiempo cíclico a un tiempo lineal. La invención del calendario Gregoriano por el papa Gregorio XIII resultó haber sido también, un aspecto bastante relevante, que poco a poco transformaría la relación con el tiempo en las sociedades occidentales y en aquellas colonizadas por éstas.

Posteriormente, el problema del tiempo derivó en el estudio de la perspectiva teológica del mismo, sobre todo en relación con la eternidad. Santo Tomás

distinguió las siguientes dimensiones temporales: la Eternidad, donde estaba Dios al no tener ni comienzo ni fin; la Duración, donde están los espíritus que teniendo principio no tenían fin, y, finalmente, el Tiempo, donde están los fenómenos físicos y los seres mortales que tenían un inicio y un final.

Durante la época feudal, en general, hubo una indiferencia respecto al transcurso del tiempo, pues no existía la necesidad de valorarlo, ahorrarlo, medirlo con exactitud ni conocer sus porciones pequeñas (Guriévich, 1990; Le Goff, 1983).

Tiempo en la Modernidad

La noción moderna de tiempo básicamente es la misma para las filosofías orientales y occidentales, ya que a partir del siglo XI d.C. la cultura occidental se fue imponiendo a la oriental mediante la colonización. En las culturas orientales no existía una dependencia del reloj, pero con la evangelización de esta zona de la tierra, los jesuitas fueron imponiendo los controles, precisión y medidas temporales, presentes en el mundo occidental, a los ritmos de vida de la población oriental (Ceballos, 2003)

En el pensamiento hindú y en el budista se considera que cualquier secuencia de fenómenos relacionados de forma causal es siempre completa. Con esta actitud el tiempo deja de tener sentido, pues tanto el efecto como la causa están presentes en la mente, de forma que lo natural, para estas religiones, consiste en empezar por el efecto y remontarse a la causa, a diferencia de lo que se concibe desde el punto de vista occidental: una única dirección temporal definida de la causa hacia el efecto (Withrow, 1990).

En las culturas orientales se enfatiza aquello que toma contacto directo con el cuerpo y las sensaciones que de ello se desprenden; mientras que en la cultura occidental se enfatiza en los sentidos del oído y la vista.

Actualmente todas las economías aceptan el “modelo” occidental de tiempo, aunque existan culturas que convivan con sus propias concepciones y representaciones. Por ejemplo, en el mundo musulmán se siguen dos calendarios: por un lado, el musulmán basado en el ciclo lunar, y, por otro lado, el comúnmente aceptado del gregoriano difundido por las culturas europeas.

Durante la Edad Moderna cambió bastante el enfoque del estudio temporal al concentrarse los pensadores más destacados en el espacio, de tal forma que el tiempo tendió a especializarse, a concebirse como análogo a una dimensión espacial, siguiendo la idea de Galileo Galilei de tiempo como una línea recta cuyos segmentos indicaban duraciones.

En esencia, podemos decir que el pensamiento occidental ha abordado el problema del concepto del tiempo manteniendo dos posturas tradicionales (McGrath & Kelly, 1986):

- Teoría objetivista. Considera que el tiempo es un hecho objetivo, un objeto físico, y por lo tanto, existe con independencia del ser humano. De esta concepción, su principal representante, es Newton, puesto que concibe el tiempo como algo independiente y anterior a los sucesos y objetos. Según esta concepción, puede medirse el intervalo de tiempo entre dos sucesos sin ambigüedad, el intervalo sería siempre el mismo para todas las mediciones, siempre que se usase un buen cronómetro. Se postula la existencia de un tiempo absoluto, independiente de los acontecimientos y asimilado al concepto de "duración". Esta es la concepción mantenida tradicionalmente por la Física, hasta la llegada del modelo relativista de Einstein. Este paradigma clásico newtoniano sigue siendo, a pesar de la revolución einsteniana, la concepción dominante (Sánchez, 1999)
- Teoría subjetivista. Considera que el tiempo es una especie de forma innata de experiencia. La concepción de Descartes y Leibnitz podría ser incluida aquí, aunque se considera que el representante por excelencia es Kant. Para éste, el tiempo y el espacio son relaciones puramente intelectuales; el tiempo no es independiente de los sucesos, porque está formado por los sucesos y por las relaciones entre ellos. La concepción del tiempo se relaciona con el movimiento o el desplazamiento de los objetos. Se produce, pues, un desplazamiento del problema del tiempo desde la epistemología a la psicología.

El tiempo en la actualidad

A principios del siglo XX pareció imponerse la noción de tiempo desde la perspectiva de la Física, gracias a los aportes de Einstein con su teoría de la relatividad. A partir de mediados del siglo pasado, coincidiendo con la aparición de nuevas ciencias (Inteligencia Artificial, Psicología Cognitiva, Cibernética, etc..) (Cladellas, 1999) se enfatizó la perspectiva biológica del tiempo con el estudio de los ritmos biológicos (Cronobiología). También en esta época, y con los estudios aportados por Fraisse y Piaget, se analizaron los aspectos psicológicos del tiempo (percepción del tiempo y desarrollo de los conceptos del tiempo). La percepción del tiempo o tiempo psicológico explica que un minuto medido por un cronómetro, psicológicamente se puede sentir como 1 segundo ó 10 minutos. No somos pasivos en el mundo, también lo creamos. Muchas veces el tiempo físico es completamente diferente del tiempo psicológico. Por otro lado, sabemos desde la neurobiología, que no nos damos cuenta de toda la información que está continuamente procesando el cerebro. Además, todos estos procesos en el cerebro tienen también su tiempo, y esto, quizás también cambie nuestra percepción del tiempo. La propia consciencia envuelve un dominio temporal, mismo en la más "simple" consciencia de las experiencias, como las percepciones, e implica continuidad temporal como una condición necesaria. La consciencia se vuelve fundamentalmente dinámica siendo la temporalidad un rasgo intrínseco de la consciencia (Ceballos, 2003).

Hasta aquí hemos visto como el tiempo es una de las construcciones más importantes de la mente humana, por lo que se han preocupado tanto teólogos, como filósofos, psicólogos y otros científicos. Pero, ¿Qué relación tiene el tiempo con la economía?

2. La concepción económica del tiempo según su evolución histórica y su contexto cultural

Para entender la concepción económica del tiempo es necesario ver, a grandes rasgos, su evolución histórica, destacando el papel que ha tenido y tiene un concepto muy ligado al de tiempo, y que en términos económicos, siempre o casi siempre, se ha concebido como improductivo o de nulo interés. Me estoy refiriendo al concepto de ocio.

Tiempo y ocio

Ante todo hay que decir que ocio no es ni re-recro, ni descanso, ni tiempo libre, ni perder el tiempo sin hacer nada.

En nuestra cultura, donde se vive para trabajar, y que cuando no se trabaja produciendo se considera que se pierde el tiempo, el ocio se define como aquel estado de inactividad que sigue al trabajo y que nos prepara para seguir trabajando (Rul-lan, 1997). Lo importante es el trabajo, y el ocio sólo nos permite reponer fuerzas y seguir trabajando, o descansar para poder trabajar mejor. Así el ocio, se entiende como el medio necesario para poder seguir trabajando y en definitiva, seguir produciendo. El concepto de ocio, antes definido, tiene muchas similitudes con el concepto histórico de ocio de los romanos (Otium) quienes lo entendían como necesario para descansar y poder seguir trabajando. En contrapartida, para los antiguos Griegos, inventores del concepto de ocio, éste no era un mero medio para poder seguir trabajando, el ocio era un fin en sí mismo, era el objetivo de una vida feliz. En griego Skholé significa "ocio", pero también "paz", "tranquilidad", "estudio", "escuela". Para nosotros el ocio como "tiempo libre" significa un tiempo libre entre dos trabajos, o el tiempo entre diferentes jornadas laborales, pues entendemos que lo normal, y más en una sociedad capitalista como la nuestra, es trabajar y por consecuente producir; para los griegos lo ideal era darse al ocio y no tener que trabajar. Para ellos lo importante era el ocio, y lo menos importante el trabajo. (Rul.lan, 1997)

De lo comentado anteriormente, se puede desprender que el concepto de ocio desarrollado en Roma por Séneca, quien le dio un contenido más práctico, inició el paso del ocio al negocio. Es también justo señalar, que a diferencia actual, en Roma se concebían dos diferentes tipos de ocio. Un primer ocio para distraer a las clases más pobres y desfavorecidas de la ciudad, así se aseguraba que éstos, mientras estaban en el Coliseum Romano disfrutando del espectáculo, no se revelaran contra los poderes fácticos del momento; un segundo ocio romano estaba relacionado con el negocio, y por tanto sólo en disposición de aquellos que trabajaban, y cómo ya se ha comentado anteriormente, servía para reponer fuerzas y poder trabajar mejor.

El concepto de ocio tuvo una importante revolución con la llegada del cristianismo, pues se pasó a valorar la acción (del negocio) en detrimento, a largo plazo, de la

contemplación (del ocio). Para el cristiano, la contemplación deja de ser un bien en sí mismo para convertirse en un mero instrumento para alcanzar a Dios. Lo importante, a diferencia de los griegos, ya no es la contemplación en sí, sino el objeto de la contemplación: Dios.

En la Edad Media el trabajo ya es aceptado pero todavía en un lugar secundario y subordinado. La exaltación del trabajo por encima de la contemplación vendrá con el Renacimiento y la reforma protestante (Rul.ian, 1997).

El Renacimiento podría definirse como el tránsito de la contemplación a la curiosidad. En el Renacimiento un nuevo sentimiento aparece: la grandeza del hombre, su divinidad, no está tanto en su capacidad de contemplación, como en su capacidad para descubrir las causas de lo que ve y su habilidad para someterlo doblegándolo a su voluntad. Ya no se contempla la naturaleza, sino que se la mira y se la examina para poderla dominar con el trabajo.

El protestantismo dio un impulso tremendo a la exaltación del trabajo sobre la vida contemplativa, el negocio sobre el ocio. Lo que antes era casi despreciado, el negocio, se convirtió en el máximo valor moral, mientras que lo que era exaltado antiguamente, el ocio, se convirtió en el gran pecado. “Dios nos ha creado para trabajar” (Weber, 1979). Aquellos que no trabajaban eran repugnados y abandonados, pues se les consideraba que perdían el tiempo, que eran improductivos y por tanto poco útiles para la sociedad. Con esta filosofía se convertía al hombre en una máquina de hacer dinero a la mayor gloria de Dios. Dinero que sólo se podía utilizar para cubrir las necesidades básicas del hambre y el resto invertirlo para hacer más dinero.

Con la revolución industrial se llegó al paroxismo del trabajo, sustituyendo totalmente el ocio por el negocio (Lafargue, 1988). En 1748, Benjamin Franklin describió, con un aforismo que hoy aún está vigente “el tiempo es oro”. Lograr en aquella época, que los trabajadores industriales vivieran bajo el “imperio de las manecillas del reloj” no resultó fácil. El capitalismo moderno exigía la disciplina de horarios. La puntualidad fue declarada como deber cívico y virtud moral, a la vez que la lentitud y la demora eran calificados como pecados capitales, pues era sinónimo de improductividad (Buqueras, 2006)

El tiempo en las culturas occidentales

El tiempo como concepto abstracto, tiene una connotación diferente y un significado radicalmente distinto para cada cultura. Cuestiones históricas y culturales modifican la forma en que las personas definen, perciben y miden el tiempo. Diferentes culturas “viven” el tiempo de diferentes maneras. En este trabajo sólo nos vamos a centrar en diferenciar el concepto cultural occidental del oriental, y en particular en aquello que se corresponde con dos concepciones diametralmente opuestas sobre el tiempo: la lineal y la circular.

En las primeras culturas occidentales, el tiempo era considerado cíclico, marcado por ritos (siembra y cosecha), por los solsticios y ritmos de sol y de determinados astros o por festividades religiosas periódicas (Jönsson, 1999).

En la actualidad, en las culturas occidentales el tiempo es totalmente lineal (pasado, presente y futuro). En estas culturas el tiempo se mide con relojes y calendarios. La influencia del reloj ha llevado a las sociedades occidentales a considerar el tiempo como algo regular y predecible. Para un occidental, existen “marcas fijas” que segmentan intervalos de tiempo exactamente regulares: minutos, horas, meses, años, etc.

Con el paso de los siglos, esta regularidad se trasladó cada vez a un mayor número de actividades cotidianas: las personas no comían cuando tenían hambre, sino a la “hora de comer”, no se acostaban al sentirse cansadas, sino a la “hora de acostarse”, y así sucesivamente. Las necesidades productivas que se derivaron de la revolución industrial del s. XIX, contribuyeron decisivamente a la toma del reloj como referente vital para un gran número de personas. El sistema económico emergente exigía una medición exacta y continua a nivel social: turnos de trabajo, tiempos de producción en las fábricas, etc..

La dependencia del reloj ha contribuido a que las sociedades modernas tengan una percepción mecánica y lineal del tiempo; así, conceptos como medición, regularidad y exactitud son muy importantes (Ricoeur *et al.*, 1979).

En estas culturas, conforme al concepto lineal del tiempo, éste es finito, valioso y fijo. Así, es posible ganar tiempo, comprarlo o gastarlo. Estados Unidos es un ejemplo clásico de una cultura donde impera la concepción lineal del tiempo.

Cuentan con productos para ahorrar tiempo: hornos microondas, alimentos preparados, franquicias de “Fast-food”.

En general los países que forman parte de la cultura occidental están obsesionados con la puntualidad. La vida social y profesional de estas personas gira en torno a un reloj, y los términos que se usan para hablar del tiempo son muy reveladores. Se “ahorra tiempo”, se “gasta tiempo”, se “usa el tiempo de manera inteligente” o (y vale la pena reflexionar acerca de la expresión) “se desperdicia el tiempo”. Los relojes “corren” y el tiempo “vuela”. Una frase común es “el tiempo es dinero”, que ilustra el enorme valor que para millones de personas tiene un valor tan apreciado como el tiempo.

Además de la expresión “time is Money”, “time as status” y “time as importance” son expresiones que simbolizan el concepto del tiempo que se tiene en las culturas occidentales. “Time as status” relaciona el tiempo con el status social, por ejemplo, la hora en que cada uno de los trabajadores de una empresa, empieza a trabajar. Los jefes suelen llegar más tarde y los empleados primero. Es un tipo de jerarquización del tiempo, en que a los jefes se les permite llegar más tarde, y a los empleados se les exige puntualidad (Hall y Hall, 1990). La última expresión “time as importance” se refiere al tiempo de la realización de las tareas, y que en cuanto menos tiempo se pase haciendo una tarea, mejor. El tiempo es importante, y es preferible ser lo más rápido posible, el objetivo último es hacer el máximo de tareas posibles en el mínimo de tiempo posible.

El valor económico, entre los mismos países occidentales varía dependiendo de factores como el clima. De esta manera, en Laponia (Cabo Norte), no tienen sentido expresiones como “perder el tiempo”, “el tiempo vuela”, etc. En esta población, cuyos inviernos suelen ser muy difíciles y complicados (temperaturas de hasta 50° bajo cero), los “samis”, como se conoce a la población que vive allí, han aprendido a pasar el tiempo de invierno realizando tareas de remodelación de las casas a una velocidad excesivamente lenta, pues de lo contrario, muy pronto habrían terminado. Esta lentitud aprendida se ha generalizado al resto de actividades que realizan durante el año, dotándole al tiempo de un valor económico insignificante.

El tiempo en las culturas orientales

En aquellas culturas que consideran que el tiempo es circular, piensan que éste no tiene ni principio ni final; que es infinito y carece de valor. A diferencia, de la concepción lineal, si no aprovechas una oportunidad hoy, habrá otra oportunidad mañana. La reencarnación es el ejemplo por antonomasia del pensamiento circular.

En estas culturas circulares las cosas tardan una eternidad, parece que nada sucede.

Si bien la concepción cíclica del tiempo no es exclusividad de las culturas orientales, en tribus de África, México, y Latinoamérica operan conforme a un concepto circular del tiempo. En este trabajo sólo haré referencia al concepto cíclico mantenido, aún hoy en día, en algunas zonas de países de Asia.

En Asia, debido a la gran diversidad cultural existente, conviven los dos tipos de concepción de forma simultánea, entendiéndose que no se percibe el paso del tiempo de la misma manera en Laos que en el centro de Pekín, así como tampoco en zonas rurales de Japón en contraste con el propio Hong Kong.

Comparado con el resto del mundo, los países asiáticos son bastante circulares. La duración de una jornada laboral es difícil de definir porque en casi todos ellos, y en particular en Japón, los empleados no se sienten cómodos de salir del empleo antes que lo haga su supervisor. Más aún, es común que el día laboral rebase los horarios establecidos y los espacios del centro de trabajo. Los empleados japoneses a menudo cenar, hablan de negocios y socializan con sus colegas ya bien entrada la noche. En efecto, la jornada laboral japonesa suele ocupar más de ocho horas. En Japón, Taiwán, China, Hong Kong y Singapur, es común salir, cenar y cantar en un karaoke con los compañeros de trabajo. Se dice que estas horas de esparcimiento ayudan al empleado a mantener el ritmo y contribuyen a eliminar el estrés laboral (Ricoeur *et al.*, 1979)

En Tailandia existe una expresión que se traduce como “un poco durante mucho tiempo” y que significa, en esencia, que si haces un poco hoy, otro poco mañana y otro poco al día siguiente, el resultado será una relación de largo plazo. En cambio, si se apresuran las actividades, las relaciones no serán duraderas (Ricoeur *et al.*, 1979).

En Vietnam, el tiempo se considera como una rueda; la rueda de la vida. El tiempo es continuo, no comienza ni se detiene. Se evita en lo posible alterar ese delicado equilibrio.

Algunos de los rituales religiosos practicados por budistas que consumen gran cantidad de horas a la contemplación o meditación, en nuestra cultura serían considerados como actos de “pérdida de tiempo”, pues se trata de un tiempo improductivo. No así para una concepción cíclica del tiempo, pues todo lo que dejen de hacer en este momento, tendrán ocasión de realizarlo en otra/s vida/s.

3. Estado actual y líneas futuras

¿Y qué pasaría si dejáramos de vivir por lo material y le diéramos más importancia a lo intangible? Habría un cambio de valores y dejaríamos atrás la estela de nuestros miedos, tapados por la importancia que le damos a lo material y quedaríamos desvanecidos ante el torbellino del tiempo. Nacería una nueva civilización.

Por desgracia, estamos atados en las redes de lo material. Ligada al materialismo, la ciencia tradicional asume que cualquier cosa que pueda ser medida, examinada en un laboratorio, o percibida por los cinco sentidos no existe. “No es real”. La consecuencia es que toda la realidad se reduce a la realidad física.

Actualmente vivimos en una sociedad en la que lo que realmente tiene valor e importancia es lo material, y principalmente el dinero. Todo gira en torno a él, vivimos, trabajamos y morimos por él, él es lo primero para nosotros porque sin él no seríamos nada. Entonces, ¿existen otras cosas además del dinero, de lo material? , ¿Qué pasa con el tiempo? Nos referimos al tiempo, porque al igual que el dinero, el tiempo es la dimensión no física más importante, porque gracias a él, todo lo demás cobra vida y existe en el mundo. Todas nuestras experiencias perceptivas, intelectuales y emocionales están relacionadas con el tiempo. Lo sentimos pasar continuamente, pero no sabemos como es, no podemos tocarle, ni verle, ni oírle, y sin embargo lo que nace del tiempo si lo podemos tocar y le damos más importancia a lo creado que al creador. El tiempo es el dueño de lo que poseemos, porque hace que podamos poseer lo que tenemos, pero no le damos importancia a él, hasta el momento en el que ya no lo tenemos y entonces es cuando nos damos cuenta del valor que tiene el tiempo en todo lo que hacemos.

En una sociedad tan exigente como la nuestra, en que se nos impone realizar múltiples cosas a la vez, con la consecuente falta física de tiempo, el valor económico del tiempo se acrecienta día a día. Así, cada vez es más habitual encontrar empleados que, a menos que el precio pagado por la hora trabajada sea muy alto, prefieran trabajar menos horas y disponer de más tiempo personal. En la actualidad, la falta de gestión del tiempo de trabajo se ha convertido en uno de los principales factores de estrés (Cladellas, 2008).

Es necesario, un mayor culto del ocio, pasar del negocio al ocio. Pero sobre todo de un ocio diferente del tiempo necesario para reponer fuerzas y trabajar mejor. Un ocio que nos permita ser más libres, poder comunicarnos más y mejor con los demás, en definitiva, un ocio para ser más felices. Por desgracia, en estos momentos nos encontramos ante dos tipos de ocio: el ocio forzado y el ocio querido.

El ocio forzado

La cultura del trabajo está en crisis. Todo el mundo quiere trabajar y no hay trabajo para todos, y lo que es peor, las previsiones para los dos próximos años aún son más pesimistas. Así, muchos no trabajan, otros alternan periodos de trabajo y de paro, cada vez más gente trabaja media jornada, cada vez son más las prejubilaciones, etc.

El ocio querido

Hay que rechazar el falso mito, hoy muy prevalente, de la autorrealización personal en el trabajo, entendiendo por trabajo el trabajo retribuido, como única forma de autorrealización. Por el contrario, el hombre no puede autorrealizarse en su plenitud sólo trabajando; necesita también divertirse, estar sólo, escuchar música, practicar deporte, etc.. Es necesario educar a las personas qué hacer en su tiempo libre. Para ello, y desde aquí, propongo la necesidad de establecer una nueva cultura del tiempo, un aprendizaje del tiempo que se enseñe en las escuelas desde muy jóvenes, para que éstos, a diferencia de lo que nos hemos encontrado hasta ahora, si estén en condición de gestionar, planificar, priorizar y en definitiva, valorar en su justa medida, la supremacía del tiempo sobre el dinero.

Entre las alternativas que han aparecido recientemente, destaca el concepto de intercambio de servicios por tiempo con connotaciones muy parecidas al de intercambio de dinero. Es lo que se conoce como “Bancos de tiempo”. Es un sistema de intercambio de servicios por servicios o favores por favores. Propone la ventaja de fomentar las relaciones sociales y la igualdad entre distintos estratos económicos.

Otras vías de estudio del análisis temporal, para estudiar empíricamente el valor del tiempo como inversión, pasa por la realización de experimentos, sondeos, entrevistas y estadísticas que nos permitan estimar un valor numérico de tasación de su uso, de su disponibilidad y de su percepción. En un futuro, sino lo es ya, el tiempo será el recurso máspreciado.

Referencias

- BEDINI, S. (1975). *Oriental concepts of the measure of time*. Proceedings of the Second Conference of International Society for Study of Time, pp. 451-481. USA: Springer- Verlag.
- BUNGE, M. (1987). ¿Existe el tiempo? *Revista de Occidente*, 76, 35-40
- BUQUERAS, I. (2006). *Tiempo al tiempo: un nuevo método de organización y utilización del tiempo*. Barcelona: Editorial Planeta.
- CAMPILLO, A. (1991). Aión, Chrónos y Kairós: la concepción del tiempo en la Grecia Clásica. *La otra Historia*, 3: 33-70
- CEBALLOS HORNERO, D. (2003). *Análisis del tiempo como variable en economía financiera*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona
- CEBALLOS HORNERO, A.; CEBALLOS HORNERO, D. (2003). Control social del tiempo. *Revista electrónica VETUS*
- CLADELLAS, R. (1999). Modelización de procesos cognitivos implicados en la solución de laberintos: una propuesta orientada a la simulación por ordenador. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.

- CLADELLAS, R. (2008). Lack of time management as a psychosocial work risk. *Intangible Capital*, 4(4): 237-254.
- FERRATER MORA, J. (1994). *Diccionario de Filosofía*. 8ª ed. Barcelona: Ariel.
- GURIÉVICH, A. (1990). *Las categorías de la cultura medieval*. Madrid: Taurus
- HALL, E.T; HALL, M.R. (1990). *Hidden Diferences. Doing Business with the Japanese*. Anchor Books Doubleday
- HERNANDO, C. (2000). La medida del tiempo y la construcción de la historia en *dos milenios en la Historia de España. Año 1000, año 2000*. Madrid. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- JÖNSSON, B. (1999). *Tiempo al tiempo: Una nueva manera de disfrutar del tiempo*. Barcelona: Grijalbo
- LAFARGUE, P. (1988). *El derecho a la pereza*. Madrid: Fundamentos.
- LE GOFF, J. (1983). *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*. Madrid: Taurus.
- MCGRATH, J.E.; KELLY, J.R. (1986). *Time and human interaction: Toward a Social Psychology of Time*. New York: Guilford Press.
- PIETTRE, B. (1994). *Philosophie et science du temps*. Paris: Press Universitaires de France
- RICOEUR, P. ; CLARRE, C. ; PANIKKAR, R. ; KAGAME, A. ; LLOYD, G.E.R. ; NEHER, A. ; PATTARO, G. ; GARDET, L. ; GUREVITCH, A.Y. (1979). *Las culturas y el tiempo*. Salamanca: Sígueme-UNESCO.
- RULLAN, G. (1997). *Del ocio al neg-ocio... y otra vez al ocio*. *Papers*, 53: 171-193.
- SÁNCHEZ-LÓPEZ, M.P. (1999) *Temporalidad, cronopsicología y diferencias individuales*. Madrid: Areces
- TURETZKY, P. (1998). *Time*. London: Routledge

WEBER, M. (1979). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península

WHITROW, G.J. (1972). Reflexions on the history of the concept of Time en *The study of time*. Proceedings of the First Conference of International Society for the Study of Time, pp. 1-12. Berlin: Springer-Verlag.

©© Intangible Capital, 2009 (www.intangiblecapital.org)



El artículo está con Reconocimiento-NoComercial 2.5 de Creative Commons. Puede copiarlo, distribuirlo y comunicarlo públicamente siempre que cite a su autor y a Intangible Capital. No lo utilice para fines comerciales. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>